

LA MANIOBRA DE CRISIS

*Eduardo García Domínguez
Capitán de Navío*

INTRODUCCION

HABLAR de Maniobra de Crisis puede resultar difícil y probablemente poco convincente para gran parte de los lectores, en el caso de un conflicto como el de la Guerra del Golfo Pérsico que enfrentó a Iraq con la coalición más grande que haya registrado la historia desde la Segunda Guerra Mundial, en el que se llegó al empleo de la fuerza en una forma tan concreta y violenta.

El autor de este artículo considera que, muy por el contrario, el hecho de que se haya obtenido un resultado negativo hace que se constituya en un excelente caso de análisis. En este tipo de situaciones los aspectos negativos suelen ser los que aportan más experiencias. En estos casos siempre puede definirse o buscarse las causas del fracaso y por ende obtener conclusiones de cómo se podría haber actuado para que el resultado hubiese sido otro. Sin embargo, en este caso el análisis—desde el punto de vista del manejo de una situación de crisis—se ve dificultado por el fracaso en que se produjo. Esto ha hecho que muchos analistas hayan sostenido que no hubo ni siquiera la intención de efectuar una Maniobra de Crisis para no tener que recurrir a la guerra, como instrumento político, para obtener los objetivos. Los que así piensan han dicho que, muy por el contrario de lo que es una Maniobra de Crisis, desde que el 2 de agosto de 1990 Iraq invadió a Kuwait la conducción fue tendiente al empleo de las armas para lograr su retiro.

A lo largo de este artículo se pretende mostrar que en realidad hubo, durante el período que va desde febrero de 1990 hasta enero de 1991, una fase en la que se pretendió, por am-

bas partes, lograr objetivos políticos mediante la utilización de una Maniobra de Crisis, maniobra que finalmente fracasó y que llevó a ambos bandos a recurrir al empleo de la fuerza como solución a las diferencias existentes.

Para el desarrollo del artículo comenzaremos por dar algunos conceptos que ayuden a mejor comprender el análisis de la crisis, luego trataremos de exponer los antecedentes del conflicto que corresponden al marco que lo rodea, a continuación—en base al desarrollo de los acontecimientos más importantes— plantearemos el manejo de la crisis a lo largo del conflicto, tratando de presentar cómo el manejo de crisis debe ser desechado por parte de Estados Unidos, lo que hizo que la situación entrara en una lógica que desencadenaría la guerra de manera inevitable y, finalmente, esbozaremos las conclusiones que—a nuestro parecer— pueden ser extraídas del caso en análisis, pero siempre orientadas al manejo de crisis, que ha sido el propósito de este artículo.

Marco teórico

Los países, al igual que los hombres, poseen aspiraciones que no habiendo sido satisfechas aún constituyen los Objetivos Nacionales, que motivan el quehacer de la nación en su devenir histórico. Estos objetivos, como aquéllos de los hombres, pueden ser alcanzables en el mediano o corto plazo o en realidad constituir metas que orientan el desarrollo, pero que son alcanzables en el muy largo plazo o, más aún, ser aspiraciones valóricas que se persigue, se avanza hacia ellas, pero que nunca serán alcanzadas en forma plena. Un ejemplo de esto lo constituye el Bien Común General. Es induda-

ble que todos los esfuerzos desplegados para alcanzarlo no serán suficientes puesto que a la plenitud no se llegará nunca. Los Objetivos Nacionales, entonces, son las metas del país en el largo y en el corto plazo.

Algunos de estos objetivos son alcanzables dentro del marco absolutamente nacional, es decir, en su realización no se ocupa ni se afecta el esfuerzo de nadie más que de los nacionales. Otros de esos objetivos interactúan con las pretensiones que mueven a otros países, interacción que puede ser de las más variadas formas y por supuesto las habrá positivas y también negativas. En las primeras, la cooperación con otro Estado se transforma en herramienta fundamental en los logros que se desea obtener; obviamente, en este caso ambos Estados están sacando beneficios de esta cooperación y de ahí la predisposición a efectuarla.

Habrán otros objetivos en los que la predisposición a cooperar entre los Estados no será tan evidente. También habrá, en último caso, algunos en los que definitivamente esta cooperación no existirá y, por lo contrario, un país tratará de impedir que el otro logre el objetivo en cuestión.

Los objetivos en que existen intereses contrapuestos, es decir, aquellos que un Estado no desearía que otro los lograra, pueden ser divididos según la importancia que tengan, lo que hace que su tratamiento sea totalmente diferente de unos a otros. Existen algunos en que lo que está en juego es de poca importancia relativa, mientras que, en el otro extremo, habrá aquellos que son de importancia vital para la supervivencia de la nación en su forma actual. Entre ambos extremos existirá toda una gradación de importancia relativa que completará el panorama.

Por otra parte, algunos intereses contrapuestos harán que la nación que pretende obtenerlos sienta que el riesgo de ser agredido por otra nación, mientras camina en la prosecución de su objetivo, es la única alternativa que esa nación tiene para impedirle que logre sus objetivos. Se puede dar el caso, también, de que una nación considere que la única forma de lograr su objetivo sea quitándolo, por la fuerza, a otra nación.

La mezcla de todos estos elementos hace que exista riesgo de conflicto entre los Estados, conflictos que estarán motivados por el logro de un objetivo o por impedir que el oponente logre el suyo, logro que normalmente permitirá adquirir una posición más favorable y, por ende, preponderancia en un determinado plano.

La importancia relativa que para cada uno

de los actores tengan los objetivos en juego debería marcar, normalmente así sucede, el esfuerzo que ellos estarán dispuestos a realizar para alcanzarlos, permitiendo de esta manera que exista toda una gradación en las herramientas que serán utilizadas para lograr las soluciones buscadas.

En los casos en que los objetivos contrapuestos sean para ambos países de una importancia relativamente baja, bastará una negociación diplomática o del carácter que se estime conveniente para que finalmente se llegue a un acuerdo que satisfaga a las partes. Dentro de este mismo caso puede haber algunos en los que sea imposible llegar a un determinado entendimiento que compatibilice los intereses de ambos en la negociación, en este caso particular, y considerando la poca importancia asignada por las partes al objetivo en disputa lo más probable es que el caso quede en situación de *statu quo* en espera que la evolución de la situación permita una solución al problema en el futuro.

En el otro extremo encontraremos aquellos casos en los que cada uno de los oponentes determina que alcanzar los objetivos es vital para ellos. En estos casos es dable esperar que estén dispuestos a desarrollar el máximo del esfuerzo para lograrlos. Es en este tipo de casos donde, con mayor probabilidad, nos encontraremos con las raíces de una guerra, la que explotará en cuanto uno de los contendientes estime que la situación le es favorable para iniciarla.

Los casos que acaban de ser esbozados son sólo los dos extremos de una amplia gama de posibilidades, en las que no debe olvidarse que existe una gran cuota de subjetividad. Todo descansa en las percepciones que cada uno de los beligerantes tenga de la valoración del objetivo en disputa. Entre ellos, lógicamente, habrá una serie de objetivos, de importancia intermedia, por los que los países estarán dispuestos a realizar un esfuerzo limitado para lograrlos, limitación que también será relativa, que podrá ir desde la presión política, económica o de cualquier otro tipo, hasta emplear las Fuerzas Armadas en operaciones limitadas de guerra.

A partir de esta realidad intermedia surge la necesidad de lograr que el país opositor se avenga a conceder lo que se desea, sin que para ello deba llegarse a un esfuerzo indeseado. Esta necesidad se ha visto reafirmada por el desarrollo tecnológico, que ha puesto al alcance de países de capacidad económica relativa, armas con un alto grado de tecnología incorporada, de gran capacidad de destrucción y a la vez de un alto costo. Esto ha transformado la guerra en

una herramienta que, manteniendo su utilidad para lograr determinados objetivos, es poco deseable por el costo que, en todo sentido, significa para los contendientes.

Es esta realidad la que ha llevado a pensar en estructurar una maniobra que coloque al adversario ante una situación tal que prefiera conceder ciertos objetivos y no enfrentar una guerra en la que lo único seguro es el alto costo que ella acarreará, mientras el resultado es incierto en lo que se refiere a los beneficios que podrían ser obtenidos. Esto es lo que constituye la Maniobra de Crisis.

De acuerdo con la definición del General Beaufre, crisis es el "Estado de tensión en el transcurso del cual existe un riesgo máximo de una escalada hacia un conflicto armado y donde se quiere impedir al adversario adquirir una cierta ventaja política o militar; esta ventaja representa la razón de ser de la crisis; luego, para el defensor, el riesgo mínimo".¹

La Maniobra de Crisis consiste, entonces, en estructurar una situación político-estratégica frente a la que nuestro oponente se avenga a conceder lo que se desea y que él no estaba dispuesto a entregar en una negociación diplomática.

Por supuesto que esto, planteado de esta manera, parece relativamente fácil, pero en realidad no lo es. En primer lugar, la situación que se debe crear tendrá que ser de tal modo imaginativa que no permita al adversario conocer cuál es el objetivo que se persigue. Debe colocar, además, a ese adversario frente a algo no previsto, ante lo cual estará obligado a reaccionar disponiendo de poco tiempo para adoptar sus resoluciones. También debe mantener permanentemente abierta la posibilidad de acudir a las negociaciones, en las que se debe tener previstas alternativas que concedan una salida honorable al adversario. Finalmente, se debe tener muy claramente definido cuál es el margen de violencia que se está dispuesto a aceptar y, con tanta exactitud como ello sea posible, cuál es el nivel de violencia que el adversario está resuelto a aceptar en la defensa de su objetivo.

La Maniobra de Crisis, siempre dentro de un marco de generalidad, consistirá en cuatro fases. La primera será el reto. La segunda la reacción a ese reto. La tercera el período de las interacciones y de las negociaciones, cediendo finalmente el paso a la última fase, la del acuerdo.

—El reto será aquella acción que, provoca-

da o casual, es decir, ocasionada por un tercero no controlado, coloca al adversario frente a una situación no deseada, en la que éste percibe que debe reaccionar. De aquí surge la primera condicionante fundamental de un reto; debe ser percibido como tal por el oponente. Esto quiere decir que no hay reto si el oponente considera que una determinada situación no tiene la importancia como para obligarlo a reaccionar. Esto fue lo que le pasó a Iraq cuando inició sus ataques contra Kuwait en febrero del año recién pasado. Este país se dio cuenta que había una gesticulación de parte de su adversario pero no la consideró de una dimensión tal que lo obligara a cambiar de actitud. Su oponente se vio obligado a aumentar la presión del reto y movilizó tropas a la frontera común. Finalmente, viendo que la situación le era favorable y que su oponente tampoco se avenía a negociar, decidió quedarse con el todo, lo que, por supuesto, le satisfacía más que la parte que estaba pidiendo.

—En la reacción ante el reto el oponente o nación retada debe responder. La respuesta debe, por supuesto, reunir algunas características. La primera de ellas es sorprender a su oponente para arrebatarle la iniciativa. Esta sorpresa se puede lograr de muchas maneras, entre las cuales se puede mencionar el lugar de la respuesta, en el sentido de que ella afecte un área inimaginada y ojalá de alta sensibilidad para el adversario; otra alternativa puede ser en cuanto al nivel de la violencia aceptable, en el sentido que el retador pueda ser colocado en una situación de escalada en el nivel de violencia del conflicto, para él indeseable.

En estas dos fases, el reto y la reacción, tanto el que plantea la crisis como su oponente deben tener presente que el éxito o fracaso de cada una de las posiciones dependerá del adecuado análisis que se realice de los factores que intervendrán en la crisis y cómo ellos pueden ser manejados en un sentido u otro. Los factores que suelen intervenir en una Maniobra de Crisis son: Información disponible, manejo de la opinión pública nacional e internacional, el tiempo y, en el caso de países de menor importancia, también el interés de las potencias en el área.

El factor información es, quizás, el más importante. Interesa poder determinar, con objetividad, cuál es la calidad de la información que se posee del adversario, así como la oportunidad con que se recibe esa información. No se puede pensar en tomar la iniciativa, en una

¹ Beaufre, Andre: "Le controle et la manoeuvre des crisis", *Revue Strategie* N° 11.

maniobra como la de crisis, si lo que sabemos del adversario es poco, impreciso y normalmente obtenido con retraso. Para poder pensar en tener éxito es fundamental saber con relativa precisión las reacciones que tendrá el adversario ante determinado hecho. Esto nunca podrá ser perfecto, pero si se avanza en este sentido se tendrá una mayor certeza en la toma de decisiones.

El factor manejo de la opinión pública nacional e internacional es interesante por cuanto será el sustento de muchas decisiones del gobernante en el manejo de una crisis. No sólo interesa este factor para lograr el apoyo de los connacionales a la posición propia; también es importante para lograr que la opinión pública del adversario y la internacional sirvan de sustento a esa posición, de modo que contribuyan a las presiones sobre el gobernante adversario para que negocie en los términos deseados.

En el caso del factor tiempo es importante poder definir cuál sería la situación del adversario y, por supuesto, la propia, en el caso que transcurra el tiempo sin que la situación sea resuelta. Este conocimiento permitirá poder manejar la situación de modo de colocar al adversario en una posición indeseable para obligarlo a aceptar lo que no deseaba dar.

Finalmente, en el caso de países de importancia relativa, es necesario considerar cuál es la significación que la situación podría tener para las diferentes potencias que tengan intereses en el área. Las actitudes que sean adoptadas deberán ser consecuentes con esta realidad. En caso contrario se corre el riesgo que dicha potencia actúe para impedir aquello que se pretendía y que afectaba a sus intereses.

—Planteada la reacción se inicia una fase que tendrá una duración variable, pero como norma general no será muy larga en atención al grado de inestabilidad en el que ella se desarrolla. En esta fase los actores intercambian posiciones y presiones de diversos tipos, junto con negociaciones. El objeto principal de esta fase es, por un lado, presionar al retado para que finalmente acepte la mesa de la negociación y ceda ante los objetivos planteados como origen de la maniobra. Por la otra parte, se tratará de realizar las acciones que permitan al retado mostrar que está dispuesto a ir más allá de lo deseado por el retador y, por tanto, convencerlo de que lo mejor que puede pasar es volver a la situación inicial o, mejor aún, a una situación más favorable para el que fue retado.

Normalmente, en esta fase se presentan dos períodos, dependiendo de la preponderancia que tienen las interacciones por sobre las negociaciones o viceversa. En el primero de

ellos el esfuerzo se centrará en mostrar la voluntad de actuar para obtener los objetivos. Se recurrirá entonces a todos los elementos de presión que cada uno de los oponentes posea para que el otro se convenza de la solidez de la posición opuesta. En esta fase, se podría decir que es desarrollada una gran parte del esfuerzo demostrativo por ambas partes y un poco de negociación diplomática. Al final de ella se tendrá que saber si la maniobra resultó exitosa, lo que dependerá de si el retador —que fue quien la planteó— obtuvo sus objetivos, aunque sea parcialmente, sin haber sobrepasado el nivel de violencia aceptable. Si esto es así se entrará al período de la negociación. Es evidente que estos dos períodos son enormemente interdependiente entre sí. Durante el período de las interacciones habrá etapas de negociaciones y en ellas habrá momentos en los que, nuevamente, se recurrirá a la amenaza para reforzar un logro que —en la mesa de las conversaciones— se puede estar diluyendo.

—Al terminar la fase de la negociación se entrará en la del acuerdo. Es decir, las partes ya saben lo que desea su oponente y lo que puede lograr su propio bando. Ahora se debe redactar el documento que mejor satisfaga esa realidad, teniendo siempre presente que un tratado en el que una parte resulte claramente derrotada sólo servirá para fomento de un conflicto de mayor envergadura más adelante, salvo que las diferencias de potenciales tengan muy pocas posibilidades de ser revertidas en el tiempo, en cuyo caso el derrotado mantendrá un grado de animosidad que siempre dificultará el buen entendimiento entre las partes, incluso en asuntos que nada tengan que ver con la cuestión que motivó el conflicto de origen.

De todo lo anterior podemos desprender que una Maniobra de Crisis fracasaría en dos casos precisos. En el primero, cuando para el logro de los objetivos fue necesario sobrepasar el nivel de violencia aceptado y entrar en el desarrollo de una guerra. En el segundo, el fracaso se presenta cuando la situación vuelve a su condición de inicio, es decir, cuando el retado logró evitar que el retador alcanzara el objetivo que se había propuesto.

Antes de concluir este marco teórico que-remos hacer una observación importante sobre la existencia de lo que llamaríamos la Maniobra de Crisis Aparente.

Dentro del concepto general esbozado, de que la guerra es naturalmente indeseada por los pueblos, pero necesaria en determinados momentos para ellos, el gobernante se ve enfrentado a la imperiosa obligación de lograr el apoyo ciudadano al esfuerzo de guerra que se

va a realizar. Bueno es recordar el caso estadounidense en la Guerra de Viet Nam. La falta de apoyo obligó a terminarla con un desastroso resultado que se tradujo en un abierto descrédito para la principal potencia de Occidente.

Esta necesidad de lograr la comprensión primero y luego el apoyo del país, obliga al gobernante a desarrollar una estrategia que, por un lado, justifique el valor de los objetivos en juego; la ciudadanía debe tener la misma percepción que él, en el sentido de que el valor de lo que está en juego justifica el esfuerzo que demanda una guerra. Por otro lado, tiene que mostrar ante sus connacionales y ante la imagen pública internacional que ha desarrollado todos los esfuerzos posibles para alcanzar los objetivos de manera pacífica.

En este tipo de situaciones el gobernante está obligado a definir una serie de acciones a través de las cuales evidenciará a sus compatriotas la guerra como algo ineludible, pero no por responsabilidad de la gestión de su Gobierno, sino por la terquedad de su oponente, debido a lo cual necesita el apoyo ciudadano. Para ello se suele recurrir a procedimientos similares a los empleados en una Maniobra de Crisis, pero a diferencia de ésta las posiciones planteadas, en general, dificultan más que ayudan a las negociaciones y, por tanto, las posibilidades de llegar a un acuerdo son bastante escasas, lo que hace inevitable el enfrentamiento armado.

En este caso la escalada de la crisis no tiene más propósito que ir mostrando a la comunidad nacional e internacional la intransigencia del oponente y la irreversibilidad del camino que va a conducir finalmente a la guerra, pese a lo indeseable que es ella. Esto —como pretendemos mostrar en este artículo— fue lo que le pasó a Estados Unidos en determinado momento y que se tradujo en un cambio de la flexibilidad de las posiciones con que enfrentaba la situación.

Como conclusión de este marco teórico podríamos decir que la Maniobra de Crisis es una herramienta que, de menos violencia que la guerra, permite alcanzar objetivos a las naciones, los cuales deben ser de una importancia relativamente secundaria para las partes, como única alternativa para que pueda mantenerse dentro de la finalidad que se persigue en una crisis, es decir, lograr los objetivos propuestos dentro del nivel de violencia aceptable. El fracaso de la Maniobra de Crisis puede conducir a la guerra o al regreso a la situación anterior al inicio de ella, dependiendo —una u otra salida— de la importancia que el retador asigne a su objetivo. Si para él es importante lograrlo irá a la guerra; si, por el contrario, no lo es tanto,

preferirá permitir que se deshaga lo hecho antes de escalar en la violencia.

A continuación se planteará el marco que originó la crisis primero y la guerra después, el que partirá desde los orígenes históricos del conflicto hasta tocar sus orígenes contemporáneos; luego trataremos de que el desarrollo de los acontecimientos sirva como comprobación práctica del marco teórico que acabamos de esbozar.

Antecedentes del conflicto

Iraq y Kuwait ocupan una parte importante de los territorios de lo que hoy conocemos como el Medio Oriente; en particular, el primero de ellos cubre prácticamente dos tercios de la distancia que separa al mar Mediterráneo del golfo Pérsico. El territorio kuwaití y parte importante del de Iraq son desérticos. Este último país tiene además un sector de su territorio que —bañado por las aguas de los ríos Eufrates y Tigris— es fértil, lo que hace que sea explotado agrícolamente.

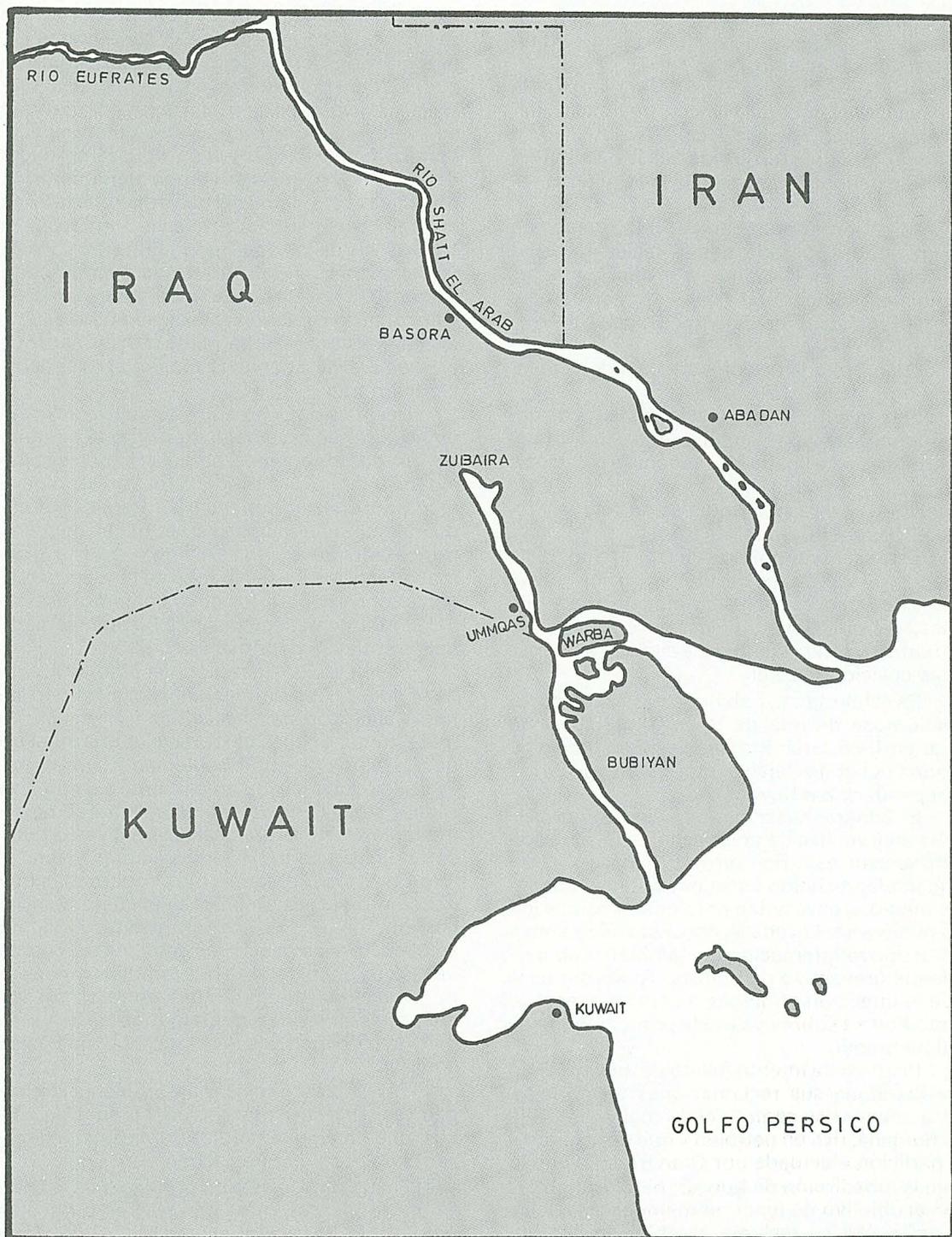
Iraq limita al este con Irán, al norte con Turquía, al noroeste con Siria, al oeste con Jordania, al suroeste y sur con Arabia Saudita y al sureste con Kuwait y el golfo Pérsico. Por su parte, Kuwait limita al noroeste con Iraq, al suroeste con Arabia Saudita y al este con el golfo Pérsico.

Los territorios de lo que hoy son los Estados de Iraq y de Kuwait forman parte de la región conocida como Mesopotamia y que fuera cuna de importantes civilizaciones.

La historia muestra que dicha región ha estado sometida a numerosas invasiones y por ende regida por diversas autoridades. Los árabes, al invadirla, difundieron en ella la religión islámica, que habría de transformarse en pilar sustentador de una débil unidad que habría de surgir entre las diferentes autoridades políticas ya existentes. En este período, la región estuvo bajo la autoridad de numerosos reyes, califas, príncipes o emires, quienes sólo tenían autoridad sobre parte de tan vastos territorios.

Luego vino la ocupación otomana, la que se extendería hasta el término de la Primera Guerra Mundial. En esta época, por primera vez, se puede decir que los territorios de lo que hoy conocemos como Iraq y Kuwait constituyeron una sola entidad, desde el punto de vista político. En forma resumida, la organización administrativa descansaba en distritos administrativos dependientes del califa en Estambul.

En esta organización administrativa, el territorio kuwaití fue puesto bajo la jurisdicción



RIO SHATT EL ARAB Y FRONTERAS DE IRAQ, IRAN Y KUWAIT

del distrito administrativo con asiento en Basora, es decir, al mismo nivel que el distrito administrativo con asiento en Bagdad.

Al fin de la Primera Guerra Mundial y tras la derrota que el Imperio Turco sufre junto a Alemania, su aliado de la época, se ve obligado a entregar todos los territorios que le habían permitido extenderse más allá de las fronteras del Estado turco.

La región es entregada a Gran Bretaña en un mandato otorgado por la recién formada Sociedad de las Naciones, a instancias de los dirigentes políticos más relevantes y en particular del Presidente de Estados Unidos de América.

Gran Bretaña decide darle la independencia a Iraq el año 1929.

Este nuevo Estado, con un sistema de gobierno monárquico y con dirigentes probritánicos, permanece ligado fuertemente a dicho país hasta que, en 1958, se produce un golpe de Estado en que la monarquía es derrotada y toma el poder el General Kassem.

Este General gobernó hasta el año 1963, cuando, a su vez, es destituido por un nuevo golpe de Estado. Este fue dirigido por el Partido Baas, del que Saddam Hussein era miembro importante y muy luego sería elevado a las más altas posiciones de él.

En el intertanto, habiendo ya pasado por la bochornosa derrota de la crisis del canal de Suez en 1956, Gran Bretaña decide retirarse de la zona del golfo Pérsico, otorgando en 1961 la independencia a Kuwait.

El General Kassem, que a la sazón gobernaba en Iraq, decide aprovechar esta situación para anexar este rico territorio al suyo. Gran Bretaña, apreciando estas intenciones, adoptó las medidas necesarias para que la ocupación no pudiera ser llevada a cabo. Para ello se recurre al apoyo internacional y también a un despliegue preventivo de fuerzas. Todo esto hace que la intención no llegue a concretarse y por tanto Kuwait sobrevive a este primer intento de ataque iraquí.

Pese a este intento fallido de anexión, Iraq no abandona sus reclamaciones territoriales, las que ahora se centran en la región limítrofe de Rumailá, rica en petróleo y que de acuerdo a la partición efectuada por Gran Bretaña quedó bajo la jurisdicción de Kuwait; paralelamente y con el objetivo de tener un mejor acceso hacia el golfo Pérsico reclama, también, la isla Buiyan.

A inicios de la década de los años 80, Iraq quiso aprovechar la situación, políticamente favorable, para invadir a su vecino y eterno adversario Irán, país que venía de sufrir una profunda

revolución en la que se había producido un cambio político importante y, aparentemente, una gran descomposición nacional, situación que Saddam Hussein creyó sumamente favorable para ocupar parte importante del territorio de su adversario e integrar a su potencial económico fuentes enormes de riqueza petrolera de ese país. Al mismo tiempo daría solución definitiva al problema del uso de la ruta de Shatt el Arab, curso de agua que se forma por la confluencia de los ríos Tigris y Eufrates. La frontera con Irán, en su parte más austral, corre desde 1975 por dicho curso de agua, como resultado de los acuerdos alcanzados con el Sha, en aquel entonces gobernante de Irán, para que éste dejara de apoyar al movimiento rebelde kurdo en Iraq.

Después de ocho años de guerra se firmó un acuerdo de cese del fuego sin que ninguno de los dos oponentes pudiese haber sacado alguna ventaja de ese conflicto. Iraq salió de él más pobre y por supuesto enormemente endeudado. Su principal acreedor, el pequeño principado de Kuwait, al igual que la gran mayoría de los países árabes de tendencia religiosa conservadora, lo apoyó por temor al éxito del fundamentalismo islámico, representado por los nuevos gobernantes de Irán.

En lo político, la región del Medio Oriente ha vivido, en los últimos años, casi en permanente situación de inestabilidad y tensión; la que estamos analizando no sólo es una muestra de ello, sino que es probablemente la más grave que se haya vivido en el último tiempo. Las causas de este estado de inestabilidad semipermanente se encuentran básicamente en la realidad política que los diversos actores viven.

Entre los problemas más importantes que generan esta inestabilidad se encuentra, indudablemente, el problema árabe-israelí, que no sólo afecta a las relaciones entre los miembros de los dos pueblos, sino que también comprende problemas de los árabes entre sí por los diferentes enfoques que algunos de ellos se han visto obligados a darle al problema básico anterior.

Por otro lado, existe un problema de origen casi ancestral que separa a árabes de persas, que en alguna medida contribuyó a generar la guerra entre Iraq e Irán.

Finalmente, existe un problema de liderazgo entre los dos más importantes dirigentes del Partido Baas, el Presidente de Siria Hafez Assad y el de Iraq Saddam Hussein, en la conducción del pueblo árabe hacia la unidad. De este partido político se resalta, para los efectos de este análisis, su postulado más importante: Promover la marcha de la nación ára-

be a la unidad en un solo Estado laico, sin influencia de la religión islámica en la administración, ni en la formulación de las leyes. El surgimiento de este movimiento político pone fin a la influencia occidental y hace crecer enormemente el sentimiento nacionalista en los dos países.

Desde el punto de vista económico, Iraq y Kuwait son países cuyas economías descansan básicamente en la extracción y exportación de petróleo. Pero es bueno recordar que, en el caso de Iraq, bañado por las aguas de los ríos Eufrates y Tigris, existe parte de su territorio en el que se desarrolla una importante producción agrícola, lo que hace que una gran proporción de su población viva de esa actividad.

En general, Iraq realiza la exportación del petróleo a través de oleoductos que van desde las regiones productoras hasta puertos de Turquía, Siria y también en el extremo sur de su territorio. Además de estos oleoductos, Iraq cuenta con el puerto de Basora, ubicado en el Shatt el Arab, puerto que está inutilizable al tráfico marítimo por efecto del minaje efectuado en ese curso de agua durante la guerra con Irán, y así permanecerá por largo tiempo. Se estima que las operaciones de dragado no durarán menos de tres años, no habiéndose iniciado aún ninguna acción al respecto.

Kuwait, por su parte, efectúa la exportación de petróleo directamente a través del puerto que posee en el golfo Pérsico. La riqueza que obtiene de esta actividad le permite tener uno de los más altos ingresos *per capita* del mundo.

Haciendo un resumen de la historia de estos dos pueblos, se puede decir que no existen antecedentes conocidos que muestren que en alguna época Iraq y Kuwait hayan constituido una sola entidad política. Lo que más se aproxima a ello es el período en que el emirato kuwaití dependió administrativamente de la autoridad otomana en Basora, pero ni aun en ese momento constituyeron una sola entidad, puesto que Iraq no existía como unidad política sino que el territorio se dividía en gobernaciones que dependían del Sultán otomano.

DESARROLLO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Para dar inicio a esta fase del trabajo quisiéramos que quedase claramente explicado que, en opinión del autor, en este caso particular se vivieron dos situaciones de crisis y que cada una de ellas correspondió a una maniobra concebida para el logro de objetivos claramente definidos. El desenlace en ambas no fue el esperado y como la una llevó a la otra y esta

última fracasó, se puede decir que ambas fracasaron.

Crisis Kuwait-Iraq

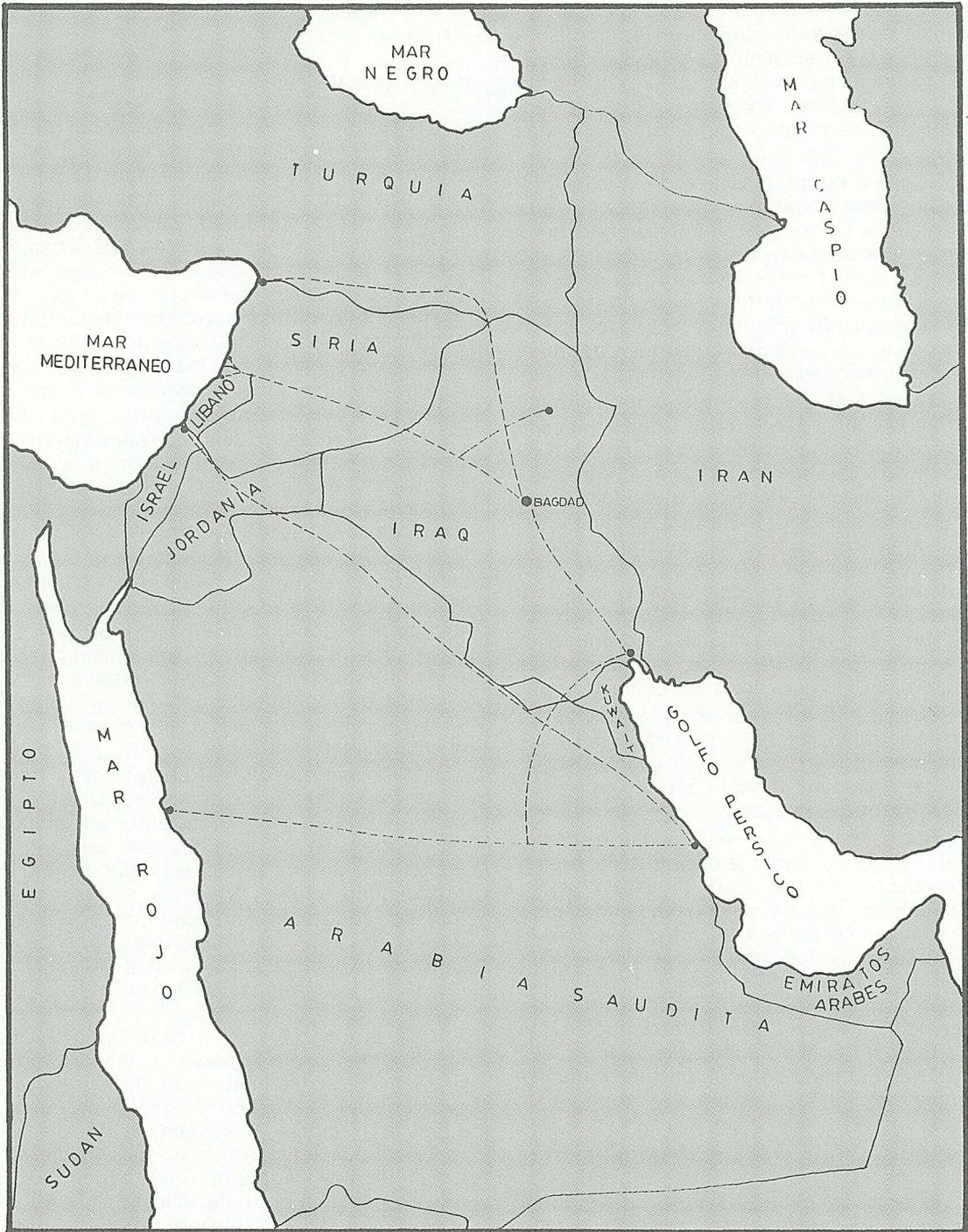
La primera crisis es la planteada por Iraq en el seno de la comunidad árabe, que culminó con la invasión de Kuwait. La segunda es la que fue iniciada con la invasión anterior y que enfrentó al invasor con Estados Unidos y una coalición formada por una serie de países bajo el amparo de las Naciones Unidas. La primera Maniobra de Crisis, que dio origen a la segunda, fue planteada en virtud de los objetivos que el gobernante iraquí creyó que podría alcanzar en esta oportunidad, todo lo cual estaba enmarcado en las intenciones de avanzar en la obtención de sus objetivos de largo plazo, por lo que creemos que todo análisis debe partir por tratar de determinar cuáles eran o podrían ser esos objetivos y, desde esa perspectiva, ver cuáles fueron las motivaciones particulares que lo llevaron a dar los pasos siguientes.

En consecuencia con las ideas políticas que lo guían, es indudable que lo que a Saddam Hussein le interesaba, en el largo plazo, era la unidad árabe en una sola nación. Si a esto le agregamos el carácter mesiánico del dirigente podemos concluir que él visualizaba la unidad árabe bajo su conducción como única alternativa de que ella marchase hacia la grandeza que él creía se debía alcanzar.

Para alcanzar esto Saddam Hussein tenía parte importante ya lograda. Tenía un ejército poderoso y gran popularidad entre los habitantes de los países árabes. En todo caso, no lo tenía todo y lo que le faltaba no era de ningún modo despreciable. No tenía recursos económicos suficientes para continuar sosteniendo su ejército y, más importante aún, el desarrollo de su pueblo, todo lo cual podía transformarse en los orígenes de la caída de su régimen.

Tenemos ya los objetivos de largo plazo y los problemas que impedían o dificultaban a Saddam Hussein caminar de manera segura y constante hacia ellos. En esta realidad, sumada a diversos factores que comenzaremos a analizar a continuación, creemos que se encuentra el origen de la Maniobra de Crisis generada por Iraq a partir de febrero de 1990. Veamos ahora cuáles podrían haber sido las razones que motivaron al dirigente iraquí.

La primera y no por eso la más importante es de orden político. El fin de la guerra fría significó un cambio profundo en la situación político-estratégica a nivel mundial. La declinación de la Unión Soviética como potencia



EL MEDIO ORIENTE. LAS LINEAS DE TRAZOS INDICAN LOS OLEODUCTOS UTILIZADOS POR IRAQ

mundial se tradujo en el retiro de la ayuda soviética a todos sus países satélites. Se produjo, por supuesto, un realineamiento entre aquellos países que se vieron privados, violentamente, de la ayuda económica y del paraguas protector que significaba la Rusia comunista.

En el Medio Oriente ésto se tradujo, por un lado, en la alineación de Siria con el bando occidental y, por otro lado, en que Iraq sin alineamiento claro que adoptar decidiera aprovechar esta misma situación para intentar consolidar su posición de liderazgo entre los árabes y, paralelamente, solucionar el problema económico que enfrentaba.

La situación iraquí era bastante difícil de sobrellevar. Por un lado, hemos visto que la guerra con Irán no se tradujo en ningún beneficio directo. Por el contrario, la guerra le había significado adquirir deudas millonarias, cuyos intereses anuales escasamente alcanzaba a servir con la producción de petróleo; esto se vio agravado con la decisión unilateral de Kuwait de aumentar sus ventas de petróleo por encima de las cuotas fijadas por la OPEP, lo que significó un menor precio del producto y dejó a Iraq con ingresos que sólo le permitían pagar los intereses de sus deudas. En una carta dirigida al Secretario General de la Liga Árabe, en relación a este tema, Tarik Aziz le dice que: "Tomando en cuenta como base el nivel mínimo de precios fijados por la OPEP en 1987 —es decir, US\$ 18 el barril—... Cada vez que el precio del crudo baja un dólar Iraq pierde un billón de dólares. Habiendo bajado los precios varios dólares por debajo de los US\$ 18, por la acción kuwaití-emiratos, Iraq ha sufrido el dejar de ganar varios billones de dólares en momentos que su economía sufre de dificultades..."²

Sumándose a lo anterior estaba la incapacidad de utilizar el puerto de Basora para su comercio, quedando vulnerable a las veleidades de sus vecinos, por cuyos territorios pasan los oleoductos que utilizaba para sus exportaciones de petróleo.

Todo esto se podía solucionar de manera simple si se presionaba adecuadamente a Kuwait para que le condonase la deuda que con dicho país tenía, le cediese o le arrendase la isla de Bubiyan, mejorándole su situación de acceso al golfo Pérsico, y finalmente todo se completaría si lograra solucionar el diferendo limí-

trofe en la región de los pozos petroleros de Rumailá.

Para ello planteó su reto en medio de una cumbre árabe a través de una carta, de fecha 13 de julio de 1990, dirigida por su Ministro de Relaciones Exteriores al Secretario General de la Liga de Estados Arabes. En esa carta, el Ministro Tarik Aziz formuló la siguiente definición de lo que esperaba su país: "La lógica nacional y la lógica de la seguridad regional no indican ellas... que estos países (se refiere a los países árabes productores de petróleo) no solamente anulen la deuda de Iraq, sino que ellos preparen un plan árabe, al estilo del Plan Marshall, para compensar una parte de las pérdidas iraquíes durante la guerra".³

Tarik Aziz, siguiendo con el desarrollo de las ideas de su país y con el propósito de que quedase claramente definido a quien le correspondía efectuar realmente el esfuerzo o, dicho de otra manera, quien sería a los ojos de Iraq él o los culpables si lo pedido no era realizado, dice: "Así debería ser la lógica de la nación (se refiere a la nación árabe como un todo) si existiera al menos un sentimiento de pertenencia al mundo árabe y una preocupación de la seguridad de la nación. En lugar de esto, nosotros vemos dos de los gobernantes del golfo que Iraq ha protegido derramando la sangre de sus hijos y ha contribuido incluso a enriquecerlos, buscar hoy día destruir la economía iraquí disminuyendo sus recursos mientras que uno de ellos, Kuwait, llega incluso a robar las riquezas de aquellos que han protegido sus territorios".⁴

Como se puede ver en estos párrafos de la carta de Aziz que hemos destacado, el planteamiento estuvo claramente formulado; por un lado se definió lo que se quería y también quiénes eran los principales responsables de ejecutarlos. El reto fue percibido por parte de la casi totalidad de los Estados árabes, que recibieron copia de la carta y que interpretaron adecuadamente la amenaza potencial a la paz y a la estabilidad en la región, que había en ella.

Rápidamente fueron iniciadas diferentes acciones tendientes a que el problema planteado tuviera una solución aceptable por las partes, pero todas las conversaciones chocaron con la oposición de Kuwait, que o no supo ver la gravedad del reto o simplemente creyó que su oponente no avanzaría más allá de lo que había planteado, es decir, un problema de dinero que

² Salinger, Pierre y Laurent, Eric: *Guerre du Golfe, Le dossier secret*, Société Nouvelle Firmin-Didot, París, por cuenta de Editions Olivier Orban, 19-dic.-1990, p. 282.

³ *Ibidem.*, p. 287.

⁴ *Ibidem.*, p. 287.

podría ser solucionado a través de una negociación fácil.

Las negociaciones fueron iniciadas y simultáneamente Iraq siguió en la fase de las interactuaciones, aumentando la presión; para ello movilizó parte de sus fuerzas hacia la frontera común, como un medio evidente de hacer ver que sus intenciones eran llegar a una solución del problema a cualquier costo.

El 31 de julio de 1990 se realiza en Jeddah una reunión cumbre entre ambas partes, la que en los prolegómenos ya hacía evidente el fracaso con que terminaría. Dos días antes de la cita cumbre el Emir de Kuwait dio a conocer que no asistiría y, por tanto, su país estaría representado por su hijo, segundo en el poder; Saddam Hussein, al enterarse de esto, decidió no asistir tampoco y envió a cargo de la delegación a Ezzat Ibrahim, segunda persona en la jerarquía del Partido Baas iraquí.

En esta reunión se volvieron a repetir las demandas iraquíes, de carácter general, ya esbozadas al referirnos a la carta de Aziz, pero además se trató en forma puntual una demanda bastante más concreta para que su oponente le hiciera un aporte de 10 billones de dólares, demanda que ya había sido formulada con anterioridad. Dentro del afán negociador, la delegación iraquí habría planteado la disposición de su país a aceptar, en último caso, un préstamo a un interés blando en caso que la cesión del dinero fuese imposible. Ante esta posibilidad, la delegación kuwaití manifestó su disposición a efectuar el préstamo pero sólo por la suma de 9 billones de dólares, lo que fue muy mal recibido por sus interlocutores, manifestando la imposibilidad de recibir una oferta menor que la cantidad demandada.

Con estas posiciones, ambas partes se retiraron de la reunión para volver a encontrarse después de las oraciones vespertinas en una cena ofrecida por el Rey Fahd. Informado de la diferencia que había en lo económico, al término de la cena el dueño de casa manifestó que su país estaba en condiciones de donar el billón que faltaba. Después de efectuar este ofrecimiento el Rey se retiró del salón, dejando a las partes solas para que pudiesen finiquitar el asunto.

En ese momento el Príncipe heredero de Kuwait establece que antes de terminar el asunto del préstamo era necesario solucionar otro punto pendiente. El dirigente kuwaití expresó: "Antes de que nosotros arreglemos todos los

detalles para este préstamo de US\$ 9 billones, hay aún un problema que es necesario abordar. Debemos definir el trazado definitivo de nuestras fronteras. Podemos hacerlo ahora mismo, en esta misma reunión; a continuación el dinero es de ustedes".⁵

La respuesta iraquí fue inmediata y motivó el fin de la reunión, puesto que no podía pretenderse que se aceptara en ese momento abordar un tema de suyo sumamente delicado y además llegar a una solución. Requerido sobre la causa de que este problema no se hubiese planteado antes, el Príncipe kuwaití habría dicho: "Nosotros no teníamos la orden del Emir de abordar este problema al inicio de las discusiones".⁶

Las delegaciones se separaron y al día siguiente emitieron declaraciones, cada una por separado de la otra, en las que manifestaban sus respectivas posiciones. Todo estaba dicho y definido para que el desenlace de la crisis terminara por la acción armada de Iraq, a través de la invasión del territorio de su oponente desde los primeros minutos del 2 de agosto de 1990.

Hemos incorporado este recuento para poder representar de manera más comprensible las raíces de la falla en el manejo de la crisis. En primer lugar, y siempre consciente de que los antecedentes disponibles no permiten todavía tener certeza absoluta de las cosas que sucedieron y de las intenciones que motivaban a los dirigentes a actuar como lo hicieron, creemos que la demanda iraquí, en términos de ayuda económica como fue planteada desde un principio, era realmente lo que en esos momentos guiaba el camino de ese país. Sin embargo, la situación se revirtió por diferentes razones que estimamos interesante analizar.

En primer lugar, su oponente no se avino a negociar en los términos planteados. El gobernante kuwaití pareciera que no creyó en el riesgo real que estaba enfrentando en cuanto a la determinación de su adversario. La frialdad frente a las demandas iraquíes se habría debido, en alguna medida, a que consideró que el apoyo internacional con que contaba le permitiría sobrepasar la situación sin mayores problemas. Tal como sucediera en el caso anterior, 1963, el apoyo internacional haría que Iraq desistiera de embarcarse en una aventura como ésta, que no tenía ninguna lógica, en opinión del Emir de Kuwait. Su análisis adolecía de un pequeño error: Entre ambas fechas Saddam Hussein había accedido al poder y, por tanto, la

⁵ *Ibid.*, pp. 102-103.

⁶ *Ibid.*, p. 103.

lógica en las decisiones era totalmente diferente.

En segundo lugar está el cambio de actitud de Iraq; esto, en nuestra opinión, se debió también a una combinación de factores entre los que se encuentran principalmente tres: La inflexibilidad de la posición kuwaití, la percepción errónea que Saddam Hussein tuvo de la actitud estadounidense o a lo mejor la poca claridad de las actitudes de ese país con respecto a lo que estaba pasando y, por último, la división que percibió entre las naciones árabes frente a la crisis planteada.

Es indudable que no puede decirse cuál de estas tres causas habría sido la más importante en la decisión de invadir; lo más probable es que, al igual de lo que sucede siempre, no haya una más importante que las otras, sino que en la conjunción simultánea de todas ellas esté el origen del cambio de conducta. Lo que sí nos parece claro es que la inflexibilidad kuwaití, que no estaba basada en una capacidad propia de escalar el conflicto sino que en el apoyo internacional, no fue percibida como amenaza por Saddam Hussein. Poco antes de la invasión, altos dirigentes de la administración estadounidense declaraban que siendo muy importante que los problemas en el golfo fueran resueltos de manera pacífica, Estados Unidos no tenía ningún tratado con Kuwait que lo comprometiese en su defensa.

Estos dos hechos, agregándose a que la ocupación de Kuwait era la mejor solución a sus problemas, puesto que además de lograr lo buscado se apropiaba de inmensas riquezas petroleras, lo que significaba la capacidad de controlar el precio del petróleo en el mercado mundial, llevó indudablemente a Saddam Hussein a ordenar la invasión para la cual ya tenía desplegada las fuerzas necesarias.

Crisis Iraq-Estados Unidos y coligados

La invasión de Kuwait por parte de las tropas de Saddam Hussein dio inicio a una nueva crisis en la que esta vez se enfrentaba el país agresor, Iraq, a Estados Unidos en primer lugar y luego a una coalición que agrupaba fuerzas de una dimensión quizás nunca antes vista y que reunió a países que desde el inicio de la guerra fría, poco después del término de la Segunda Guerra Mundial, nadie siquiera habría imaginado.

El reto de esta segunda crisis es evidentemente la invasión de Kuwait, invasión que aun cuando fue en alguna medida anunciada en esferas influyentes de la administración estado-

unidense, sorprendió totalmente a esa administración.

El reto fue claramente percibido y motivó la consiguiente reacción, que consistió en un conjunto de acciones que, adoptadas en forma sucesiva, constituyeron un esquema bastante normal para tratar este tipo de casos.

En primer lugar, se condenó públicamente y en términos duros la invasión, para que se comprendiese claramente que Estados Unidos no estaba dispuesto a aceptar que se produjese este tipo de acciones dentro del nuevo orden mundial, que el Presidente Bush estaba tan empeñado en aplicar. Simultáneamente se intentaba que se comprendiese que toda indefinición anterior quedaba atrás en ese momento. En esta condena se establecía, también, cuáles eran los términos en los que podría entrarse a una negociación: Retiro inmediato de las fuerzas iraquíes desde Kuwait.

En segundo lugar, fue iniciado el despliegue de fuerzas al área. No debe perderse de vista que en toda Maniobra de Crisis un argumento que se tiene que considerar siempre es la capacidad que se posee para hacer respetar lo que se está proponiendo, de modo que para Estados Unidos era indispensable tener fuerzas en el área. Estas fuerzas, para que resultaran creíbles, debían ser de una magnitud y capacidad acorde a las de su oponente.

No nos parece que se pueda utilizar el desplazamiento de importantes fuerzas por parte de Estados Unidos, desde el inicio de esta segunda crisis, como la demostración de que nunca quiso realmente negociar. Por el contrario, este desplazamiento es una demostración de que existía la voluntad de negociar pero en un pie de igualdad. Por otra parte, se debe recordar que en los primeros momentos fue tan grande la sorpresa que se creyó que Arabia Saudita estaba también en peligro de ser atacada.

La tercera acción realizada por Estados Unidos fue empezar a ejercer presión sobre su adversario, de manera que lo llevara a negociar. La presión ejercida a partir desde el primer momento fue la congelación de todos los fondos iraquíes y kuwaitíes en el país. Posteriormente fue el embargo comercial. Finalmente, y consciente de que la crisis planteada podría servir al nuevo orden mundial que el Presidente Bush estaba promoviendo desde el término de la guerra fría, se recurrió a la cooperación mundial para que sirviera de muestra de que en este nuevo orden no sería posible realizar este tipo de acciones contra la paz mundial. Rápidamente empezaron a participar nuevos países en las acciones contra Saddam Hussein, cadena que se inició con Gran Bretaña, que siempre ha sido

el mejor aliado de Estados Unidos, en el sentido de que suele ser el que primero manifiesta su apoyo a través de la realización de acciones acordes con los intereses en juego.

La fase de las interacciones fue iniciada de inmediato y se prolongó largamente. Los resultados obtenidos en ella fueron realmente pocos y en ningún caso puede decirse que se haya avanzado hacia algún logro importante.

Durante la fase de las interacciones, los planteamientos fueron diversos y en repetidas oportunidades lo que quería cada uno de los interlocutores no era del todo evidente. Esto no tiene nada de raro. Una de las características que debe reunir el manejo de una crisis es esconder al adversario las verdaderas intenciones para que, por un lado, él no pueda preparar las defensas adecuadas a los reales intereses en juego y para que, por otro lado, al llegar a la solución final tenga la idea que el resultado se tradujo en una victoria de su parte, aunque sea pequeña.

La percepción de victoria se logrará en la medida que el oponente piense que el retador pretendía más de lo que logró. No debe olvidarse que cuando se alcanza esta satisfacción por ambos bandos, el acuerdo tiene mayores posibilidades de ser estable que cuando alguien siente que su oponente logró todo lo que quería sin que él haya podido de alguna manera oponerse u obtener algo.

Las posiciones de los dos bandos podrían ser resumidas en los siguientes términos:

Por parte de Iraq, la posición pareciera que se orientaba, por un lado, a mejorar su acceso al golfo Pérsico, lo que podría lograr si se le otorgaba la soberanía sobre la isla Bubiyan. Además, buscaba mejorar en términos económicos la situación del país, lo que alcanzaría si los países árabes, que eran sus principales acreedores, le donaban parte del dinero que se les debía y si resolvía a su favor el diferendo limítrofe de la región de Rumailá.

Por parte de Estados Unidos (sería inofensivo hablar de las Naciones Unidas, puesto que del análisis de los hechos resulta evidente que ésta, como organización internacional, al igual que el resto de los países participantes en la coalición, se embarcó en una situación que era manejada por Estados Unidos). No se incurre en error al decir que el real oponente de Iraq fue Estados Unidos y por tanto son sus objetivos los que interesan para el análisis. Esta afirmación se ve ratificada por lo dicho por el

Secretario General de Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuellar, al diario francés *Le Monde* en una entrevista publicada el 9 de febrero último. "Las hostilidades han sido autorizadas por el Consejo de Seguridad. Esta no es una guerra de las Naciones Unidas, no hay cascos azules ni el pabellón de la ONU... Esto quiere decir que es una guerra legal".⁷

Dicho de otra manera, las Naciones Unidas se limitaron a autorizar a que Estados Unidos y todos los que lo quisieran ayudar hicieran la guerra contra Iraq, pero sin comprometerse a la organización como tal. Este es un caso diferente a los anteriores, en que la organización sí se comprometió.

Al inicio del conflicto Estados Unidos tenía por objetivo mantener, en el Medio Oriente, la situación existente antes de la invasión iraquí. Esta mantención pasaba, necesariamente, por conservar la posesión del petróleo como estaba hasta ese momento y evitar la concentración en que se traduciría la reunión de las reservas iraquíes y kuwaitíes bajo el poder del primero de estos países. Esto le permitiría, a quien las poseyera, intervenir en el mercado de la manera que mejor le sirviese a sus intereses y, por tanto, poder perjudicar a los países industrializados a los que la situación existente antes de la invasión les era muy satisfactoria.

La necesidad de volver todo al *statu quo* previo al mes de agosto significaba el retorno de las autoridades normales en el emirato y el retiro de las fuerzas iraquíes desde él. Con estas motivaciones se movió la administración estadounidense inicialmente, por lo que no fue categórica en el rechazo inicial de los intentos de negociación iraquí sobre el acceso al golfo ni sobre los problemas económicos planteados por Saddam Hussein.

Sin embargo, la situación comenzó a derivar de manera indeseada para el Presidente Bush. En primer lugar, Saddam Hussein nuevamente apreció erróneamente los intereses y las capacidades de sus oponentes, por lo que sus demandas se fueron endureciendo progresivamente hasta que convencieron a su oponente que la única solución al problema de fondo era eliminar el poder iraquí, que descansaba en su capacidad militar, objetivo que sólo era lograble a través de una guerra.

En el análisis efectuado por Les Aspin en su calidad de Presidente del Comité sobre los Servicios Armados de la Cámara de Representantes del Congreso de los Estados Unidos, de

Guillerez, Bernard: "L'ONU, l'Europe et les Eglices face à la guerre du golfe", *Revue Défense Nationale*, avril, 1991, p. 159.

fecha 8 de enero del presente año, establece que: "El Presidente Bush ha definido repetidas veces que para Estados Unidos la seguridad y la estabilidad en el golfo es un objetivo, el que además es compartido con nuestros aliados. Esta meta puede ser interpretada de diferentes maneras, pero para ello se requiere:

—Reducir el poder bélico de Iraq de manera que deje de ser una amenaza en el área.

—Eliminar las capacidades nuclear, química y bacteriológica que posee Iraq.

—Crear condiciones que hagan posible la caída del régimen de Saddam Hussein.

—Establecer un sistema de seguridad regional después de la crisis.

—Establecer controles sobre la venta de armas y la transferencia de tecnología a Iraq".⁸

Como se puede ver, en tanto fueron planteados como objetivos necesarios de alcanzar por parte de Estados Unidos los dos primeros de los enunciados por el informe de Aspin, la guerra se tornó en ineludible. Esto sucedió, en nuestra opinión, a fines de octubre, como consecuencia de los diversos sucesos ocurridos ese mes, que mostraron que el conflicto podía derivar hacia resultados poco deseables para Estados Unidos. Ello motivó que el Secretario de Estado James Baker iniciara, el día 4 de noviembre, una gira por todos los países implicados en la crisis, en busca del apoyo a una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas permitiendo el uso de la fuerza. Finalmente, estas gestiones se transformaron en la Resolución N° 678 aprobada el 29 del mismo mes.

A partir de ese momento el Gobierno estadounidense comienza a efectuar todas las acciones que habrían de permitirle el desarrollo de la ofensiva, tal como sucedió, y alcanzar la victoria por las armas en la lucha por el objetivo planteado.

¿Cuáles fueron las razones que motivaron a Estados Unidos a cambiar su posición? En primer lugar, la testarudez de Saddam Hussein en la mantención de sus objetivos y de no negociar sobre lo substancial. En segundo lugar está la enorme capacidad militar iraquí, que si se mantenía intacta se traduciría en un eterno riesgo a la estabilidad regional y, por ende, en un eterno peligro a la seguridad del abastecimiento de petróleo a Occidente. Finalmente, creemos que también jugaron un rol, no despreciable, los constantes esfuerzos de Saddam Hussein de incluir el problema de Israel en la actual

crisis, lo que significaba que siempre estarían tratando de actuar contra este país y eso afectaría directamente los intereses de Estados Unidos.

No debe interpretarse que esto significa que Estados Unidos no quiera intentar una solución al problema palestino; muy por el contrario, ellos también quisieran solucionar ese problema, pero dentro de otro contexto de negociación. Incluirlo en este caso particular se traduciría necesariamente en que sus aliados árabes tendrían obligadamente que adoptar posiciones antagónicas a las sustentadas por Estados Unidos y, por tanto, un riesgo de un quiebre de la coalición, lo que significaría un debilitamiento de la posición estadounidense y, por ello, mayores dificultades para alcanzar los resultados deseados.

Resulta evidente que Saddam Hussein se equivocó en sus apreciaciones con respecto al manejo de la crisis que él mismo había iniciado. En nuestra opinión, Saddam Hussein no deseaba la guerra. Por muchos defectos que pueda tener el dirigente iraquí, a través de su historia política mostró siempre en sus apreciaciones una astucia y sagacidad destacables y era demasiado evidente que la guerra era una alternativa que lo llevaría al fracaso.

Saddam Hussein confiaba en que podría lograr evitar la guerra y de esa manera conseguir, al menos, parte de los objetivos planteados al inicio. ¿En qué basamos esta afirmación? En dos hechos fundamentales que fueron sistemáticamente empleados por Iraq, desgraciadamente para él sin los resultados deseados.

El primero, las reiteradas amenazas a una guerra cruenta y larga con un alto costo en vidas humanas. Es evidente que todo este esfuerzo estaba destinado a la sociedad estadounidense y a tratar de explotar en esa sociedad el síndrome de Viet Nam, es decir, que recordasen lo terrible que fue esa guerra, todos los jóvenes que partieron y no volvieron, todos los que habiendo regresado lo hicieron en estados psicológicos deplorables y que han significado hechos de violencia terribles muchos años después de terminada la guerra.

El segundo hecho consistió permanentemente en el esfuerzo de ligar inseparablemente el conflicto con el problema árabe-israelí. Las acciones realizadas en ese sentido fueron múltiples, por lo que no vale la pena extenderse en un relato pormenorizado de ellas. El fin último de todas ellas era provocar la disociación de la

⁸ **Aspin, Les:** "The military option: The conduct and consequences of war in the Persian gulf", January 8, 1991, p. 2.

coalición, haciendo que los países árabes se vieran forzados a retirarse de ella por la presión popular de sus respectivos países y de esa manera obligar a que las fuerzas occidentales abandonasen la región.

El último elemento con el que trabajó Saddam Hussein fue el tiempo. Es evidente que en la medida que el tiempo transcurría tenía mayores posibilidades de lograr algún éxito. Por un lado, en marzo estaba el Ramadán, que haría imposible toda acción bélica, y además es evidente que una prolongación de la operación Escudo del Desierto, con el alto costo que ella significaba para los países involucrados, hacían inconveniente su sostén en el largo plazo.

Para Estados Unidos la variable tiempo, en un principio, también jugaba a su favor. La magnitud de fuerzas que requería para poder desarrollar el esfuerzo ofensivo era de tal dimensión que necesitaba de tiempo para poder efectuar el traslado y posterior despliegue de los medios. También, el primer período requería de tiempo para realizar todas las gestiones que mostraran su voluntad de solucionar el problema y luego que le permitieran lograr el apoyo nacional e internacional para la guerra que se avecinaba.

Posteriormente, el elemento tiempo empezó a serle presionante, en el sentido que no podía dejar que fueran iniciadas negociaciones que lo hiciesen perder la iniciativa que había ganado. Si eso ocurría podía darse el caso que pasasen los días y se encontrase que, al arribo del Ramadán, la situación en desarrollo le impidiese montar las operaciones ofensivas, traduciéndose el conjunto en una victoria para su oponente.

Todo esto fue lo que motivó principalmente al Presidente Bush a negar toda posibilidad de negociar en los términos propuestos por los diferentes actores internacionales que intentaron intervenir, como fue el caso de las proposiciones francesas, las soviéticas y otras de orígenes diversos. Todas ellas significaban sentarse a una mesa de negociación en la que no estaba garantizado el logro de los objetivos antes nombrados; además, con el paso del tiempo le sería cada vez más difícil mantener la presión en los niveles que la situación requería.

Desenlace de la crisis

De esta manera y con estos planteamientos se llegó finalmente al 17 de enero, día en el que los aliados iniciaron su ofensiva. La guerra se extendió por espacio de cuarenta días, más de lo que muchos optimistas pensaron, pero bastante menos de lo que los malos augurios

profetizaban. En todo caso, las acciones aliadas fueron consecuentes con los riesgos que enfrentaban y con los objetivos que tenían.

El esfuerzo principal estuvo destinado a destruir el máximo de la capacidad bélica de Iraq mediante ataques aéreos, no porque se considerase que ésta sería la solución definitiva, sino que por la simple razón que era en este ámbito de la guerra en el que la superioridad era más evidente y de tal manera garantizaba el éxito en el logro del objetivo destructivo con el mínimo de pérdidas.

Con posterioridad, una vez que se tuvo debilitado adecuadamente el dispositivo militar de Iraq, fue iniciada la ofensiva terrestre, parte inevitable de una guerra en la que se quiere conquistar un territorio. La ofensiva fue exitosa y con muy bajo nivel de pérdidas por parte de los aliados, lo que era también un objetivo de Estados Unidos, que no podía arriesgarse a tener un nuevo "Viet Nam" en su historia.

Por parte de Iraq los esfuerzos siguieron en las mismas direcciones ya esbozadas para la fase anterior. Ofrecer una guerra sangrienta, tratar de romper la alianza y prolongar el conflicto en el tiempo. Nada de esto resultó y la rendición llegó al finalizar el mes de febrero, lo que puso fin al conflicto con un triunfo estadounidense que lo colocó en una posición de potencia mundial de primer nivel y por tanto con la capacidad de llegar a materializar el nuevo orden mundial, aún no definido concretamente pero para el cual el Presidente Bush realiza grandes esfuerzos.

CONCLUSIONES

Este caso nos muestra que sigue siendo válida la alternativa del uso de la guerra para el logro de objetivos sobre cuya importancia gobernantes y gobernados deben coincidir para justificar el empleo de tan extremo instrumento de la política. También, de este caso, se puede inferir la validez de la Maniobra de Crisis como instrumento político para el logro de objetivos.

Sin embargo, este mismo caso nos permite establecer que el uso de una u otra alternativa debe estar en concordancia entre el valor relativo que cada uno de los oponentes le asigne a los objetivos en disputa y el método que será utilizado en su resolución. Ante un caso de importancia alta no puede pretenderse emplear un método que no contemple la posibilidad de ascender a los extremos en la violencia.

Saddam Hussein creó y trató de conducir una Maniobra de Crisis. Creemos que esto resulta más evidente en el primer caso, contra Kuwait; allí hubo un reto claro y definido, que

fue percibido difusamente y que, por tanto, no generó la reacción esperada. Esto hizo que la situación evolucionara en dirección indeseada para el retador. Y a partir de allí todo se complicó y se tradujo finalmente en una situación incontrolable.

Durante el período de enfrentamiento contra Estados Unidos, Saddam Hussein trató de conducir y manejar la crisis actuando sobre el factor tiempo y la opinión pública internacional, lo que no generó los dividendos esperados, conduciendo sus intentos a un desenlace indeseado para él y que hoy lo tiene a punto de perder todo el poco poder que pueda restarle.

También, este caso permite mostrar la necesidad de que los estudios sean objetivos en cuanto a las apreciaciones que los oponentes tendrán de los retos y reacciones derivadas de la situación. En este caso en análisis aquí es donde están los más grandes errores. La falta de una adecuada inteligencia llevó, en primer lugar, a que Estados Unidos no fuese claro en sus mensajes al dirigente iraquí antes que éste decidiera invadir Kuwait.

Esa misma falta de Inteligencia significó que Kuwait mantuviera una inflexibilidad en sus posiciones, que llevó a un conflicto de la magnitud del que fue desarrollado.

Continuando con los errores, por falta de una adecuada inteligencia Saddam Hussein es el que acumuló una mayor cantidad, errores que se suceden en el tiempo con muy pocos aciertos entre ellos. Está el error de apreciación de la importancia que Estados Unidos le asignaría a la ocupación de Kuwait; está también el error de apreciación sobre la estabilidad de la alianza entre árabes y occidentales en su contra. También se equivocó sobre la voluntad estadounidense de desarrollar una guerra.

Este caso reafirma, además, la necesidad de incorporar la variable tiempo en el manejo de una situación de crisis; cada uno de los oponentes tuvo claramente definido cómo le afectaba el transcurso del tiempo durante el desarrollo de la crisis y adoptó las medidas adecuadas para manejar esta variable en su beneficio, de acuerdo a su particular criterio.

Finalmente, en este caso queda de manifiesto una vez más la importancia de que aquel país que pretende generar una situación de crisis debe estar muy consciente de cuál será la reacción de las potencias con intereses en el área. Saddam Hussein, como ya se expresó, no supo evaluar los intereses de Estados Unidos en la región y, por tanto, no pudo prever la reacción de este país.

BIBLIOGRAFIA

- **Al Khalil, Samir:** "Irak, la machine infernale. Politique de l'Irak moderne", Société Nouvelle Firmin-Didot, Paris, por cuenta de Editions Lattès, enero de 1991.
- **Aspin, Les:** "The military option: The conduct and consequences of war in the Persian gulf", January 8, 1991.
- **Awwad, Emad:** "L'invasion du Koweït et le problème palestinien", *Revue Défense Nationale*, febrero, 1991.
- **Beaufre, Andre:** "Le controle et la manoeuvre des crises", *Revue Strategie*, N° 11.
- **Bonnefous, Marc:** "Actions, declarations et contradictions devant la crise du golfe", *Revue Défense Nationale*, diciembre, 1990.
- **Boyer, Yves:** "Les Etats-Unis et la crise irakienne", *Revue Défense Nationale*, diciembre, 1990.
- **Guillerez, Bernard:** "L-ONU, L'Europe et les Eglices face à la guerre du golfe". *Revue Défense Nationale*, avril, 1991.
- **Miller, Judith y Myroie, Laurie:** *Saddam Hussein*, Saint-Amand-Montrond, Bussière, enero de 1991.
- **Rondot, Philippe:** "La logique de Saddam Hussein", *Revue Défense Nationale*, noviembre, 1990.
- **Salinger, Pierre y Laurent, Eric:** "Guerre du golfe. Le dossier secret", Société Nouvelle Firmin-Didot, Paris, por cuenta de Editions Olivier Orban, 19 de diciembre de 1990.

